



El asiento era reclinable, pero mi postura no era la más indicada para un buen descanso, inútilmente intenté acomodar mis doloridas costillas contra el posa brazos,”- Deberían de hacerlos más anchos”, pensé. Fijé la mirada en la pequeña ventana que se alzaba elegante junto a mí y alcanzando la anilla de la cortinilla, tiré ligeramente de ella, manifestándose ante mí la belleza inusitada de un cielo claro y despejado. Evidentemente aun volábamos por encima de las nubes, era una aventura baldía el intentar divisar algo bajo ellas, con un calculo rápido pude solventar mis dudas, aun quedaba una hora de vuelo antes de que el avión tomase tierra en Barajas.

Hubiese dado cualquier cosa por encontrarme entre las cálidas sábanas de mi cama en Dublín y como si aun fuese una niña que no desea levantarse para ir al colegio, taparme con el cobertor la cabeza y seguir afanosamente con mis quehaceres, dormir, tal vez soñar y gozar de la templanza de mi refugio de algodón y poliéster. Debía conformarme con aquella pequeña manta que la azafata nos había entregado a mí y al resto de pasajeros.

Volví a bajar la cortina de la ventana y con el zumbido de los motores como único acompañante de viaje, que llegaba hasta mis oídos disminuidos por los tapones de cera que estaba utilizando, introduje el brazo bajo la manta para evitar el helor que adormecían mis manos. Tantas eran mis ganas de dormir, tantas las ganas de llegar a mi destino, que en ese preciso momento los recuerdos y las sensaciones del pasado me invadieron por completo. Si en ese mismo instante algún pasajero se hubiese fijado en mí, habría podido afirmar que me había visto sonreír y no era para menos, pues me dejaba arrastrar por la corriente embriagadora de los mejores momentos de mi vida.

La época del año que recordaba con más entusiasmo y ternura, era por supuesto el verano, subrayando principalmente y con extrema exaltación, aquellos en los que mis padres decidían que podía pasar unas semanas en casa de mi abuela materna, que junto con mis tías, eran las protagonistas indiscutibles de todos aquellos recuerdos que evocaban en mí una mezcla de alegría y melancolía. Poder visitarlas en verano, era para mí una ilusión celada durante los largos meses del invierno en Barcelona, donde mis padres habían establecido nuestro hogar.



El Tiemblo, en pocas horas estaría respirando su aire de primavera, limpio y tibio, impregnándome de su olor a tierra y agua, vagaría sin prisa por sus calles colmadas de paz y si la noche lo permitía, podría observar con el mismo sosiego de quien adora al ser amado, el cielo Tembleño. Un manto oscuro salpicado de estrellas y constelaciones, como si se tratase de los juguetes olvidados por recoger de los Ángeles.

Desde mi traslado a Dublín, no podía recordar la última ocasión en la que perder el tiempo era sin duda, aprovecharlo al máximo. En mis veranos en El Tiemblo, no había estrés, ni prisas, tampoco los atascos a los que ya me voy acostumbrando después de cinco años en la gran ciudad, y algo que siempre me pareció encantador, en El Tiemblo no hay desconocidos. Igualmente se trataba a la gente autóctona de lugar, vecinos de toda la vida, como aquellos que por los motivos que fuese, se incorporaban a la vida cotidiana del pueblo de un día para otro, todos eran bien recibidos.

Ahogando mis penas con la duermaveela, en mi asiento de turista del vuelo Dublín-Madrid, perseguía la idea de no dejarme llevar por la angustia que supuso para mí, mi última visita al pueblo. Fueron momentos tristes que se trabaron en mi pecho, echaron profundas raíces que regaba con mis lágrimas y ardua la tarea de superar la pérdida de un ser tan querido como lo es una abuela. Procuraba mantener ocupada mi mente en otros menesteres, sería mi tía Isabel quien corriera a recibirme con los brazos abiertos, pues en realidad era ya el único familiar que vivía en El Tiemblo.

Mis tías, Isabel y Rosa, hermanas menores de mi madre y mis compañeras predilectas para juegos, charlas, paseos... Recuerdo conmovida por la nostalgia, lo que para mí era el mejor momento del día, ni los juegos después de la cena en la plaza del ayuntamiento con mis amigos, ni tan siquiera la onza de chocolate con la que mi abuela pretendía engatusarme y conseguir así de mí un ratito de compañía, podían evitar que acudiese a la tertulia que las muchachas del pueblo mantenían todas las noches al amparo de la plaza de toros. Consentida demás por ser su única sobrina, mis tías no ponían objeción a que las acompañase, a pesar de ser mucho menor que ellas y de importunarles a más no poder con mis “me aburro” o mis “quiero irme”. Eso ocurría en las noches en las que las charlas y las chanzas, giraban alrededor de los muchachos del pueblo. A mí, no me interesaba saber si la chica de la



falda azul era “la virgen” o no, ni tan si quiera sabía si hablaban de un Belén o una obra de teatro, de todos modos juzgaba precipitado hablar de la navidad estando aún en el corazón del mes de Julio.

Con la ayuda de una piedra, cavé un pequeño agujero en la tierra y sacando unas canicas del bolsito que mi abuela me había regalado, me entretenía jugando, “-Ya iré con ellas cuando empiecen a contar historias de miedo”. Fue entonces, cuando de entre las sombras que rodeaban la plaza de toros, apareció él, con su pelo negro todo enmarañado, la cara sucia de haber estado jugando con la tierra y sus rodillas llenas de magulladuras, unas veces secas y otras recién hechas y sangrantes, “- Esto no es nada”. Me decía Pedro mientras mojándose el dedo en saliva se frotaba la herida. Fueron muchas las partidas de canicas y las carreras de chapas que Pedro y yo compartimos en los veranos afortunados que visitaba El Tiemblo.

Esas escasas noches no disfrutábamos de mi entretenimiento predilecto, no había sustos, ni sobresaltos, ni tan siquiera un pequeño grito despavorido de quien se dejaba asustar por aquellas leyendas e historias inventadas. Toda la atención fue para la chica de la falda azul, quien antes de despedirse del resto de las muchachas, las hizo jurar a todas que guardarían su secreto. “- Menudo secreto”. Pensé yo, quien vaya a ver la obra de teatro esta navidad, sabrá que ella no es la Virgen María.

Hay que reconocer, que de igual modo que me gustaban aquellas aterradoras historias que amenizaban esas noches de verano, me horrorizaban sobre manera, normalmente, si alguna de las chicas gritaba cuando aún no se había dado por finalizado el relato, probablemente era yo. Sólo era una niña asustadiza, temerosa y con mucho poder de inventiva, fantaseaba con la idea de que por mi habitación pululaban espectros, demonios y otros seres del más allá. Creía ciertas todas aquellas historias que contaban y que horas más tarde y en la soledad de mi habitación yo revivía apasionadamente. Una noche, haciendo alarde de valentía, bajé de mi cama casi de un salto, corrí por el pasillo estrecho de la casa y sin que mi abuela pudiese distinguir que o quien entraba en su habitación, me refugié en su cama. Me negué a salir de allí hasta que no fuese de día y aquellos fantasmas que se escondían bajo mi cama o los espíritus que flotaban por el techo de mi habitación, hubiesen desaparecido. Fue entonces cuando comprendí lo que mi madre intentó explicarme en una



ocasión, “- Sonsoles, Tu abuela tiene diferentes abrazos y sabe darte el que necesitas en el momento que lo necesitas”. Estaba segura que ese era el abrazo especial de mi abuela para quitar el miedo, porque rápidamente me sentí relajada, segura y sin miedo.

Después de 15 minutos de pie junto a la cinta transportadora, vi aparecer mi maleta, comprobé que el pequeño candado de seguridad que había colocado en los agujeros de las cremalleras seguía estando ahí y sujetándola con fuerza tiré de ella, era hora de cenar y lo haría allí mismo, seguro que en todo Barajas encontraría un restaurante, una mesa tranquila donde sentarme y cenar algo ligero antes de proseguir mi viaje, que según mis cálculos duraría de una hora y media a dos. Después de sentirme no menos que atracada, por una camarera de sonrisa blanca en la cafetería del aeropuerto, debía buscar un cajero donde me haría con algo de dinero en efectivo, “- Y hay quien afirma que Dublín es una ciudad cara, a esos los invitaba a pagar un par de menús en Barajas”.

La nueva Terminal del aeropuerto era fascinante, un compute de estilismo, elegancia y sofisticación. Acompañada tan sólo por el roce monótono de las pequeñas ruedas de mi maleta, por aquellos interminables pasillos que se desplegaban ante mí, buscaba uno de los stands donde y por unos días podría alquilar un coche.

Una pequeña y casi imperceptible vibración surgió de improviso del enorme bolso que llevaba colgado de mi hombro, acompañado por una rítmica y algo llamativa melodía, me apresuré a responder y así acallar aquel escándalo musical.

- Hola tía. Sí, sí, vale, no te preocupes iré con mucho cuidado, está bien, vale, yo también, adiós, adiós tía. E introduciendo de nuevo el móvil en el bolso giré las llaves en el contacto, encendí las luces de aquel pequeño coche de color mostaza y metiendo la primera emprendí el último tramo de mi viaje.

Tal vez, estimulada mi memoria por el escaso trayecto que me mantenía lejos de mi destino, mi mente y mi corazón se vieron abordados por reminiscencias del pasado, al parecer y sin proponérmelo, estaba dispuesta a recordar años en unas pocas horas.

En esta ocasión, no fueron mis tías, mi abuela o el pueblo, quien como si de una turba se tratase, alteraba el sosiego y la paz de mis recuerdos. Era él,



Pedro, “mi Pedro” por muchos años. Mi primer amor, como olvidarlo, cuando fue él quien me descubrió que los juegos en la plaza ya no tenían el encanto de antaño, que ver en la tele con mi abuela los dibujos de “Sherlock Holmes” o “Dartacán” que eran mis preferidos, no era lo que él entendía por pasar una tarde divertida.

Cuando aquel verano, el último que pasé en El Tiemblo, vi por primera vez a Pedro, deseé impulsivamente quitarme las trenzas que mi abuela me había hecho nada más bajarme del coche de mis padres, ojalá hubiese llevado pantalones vaqueros como él y no una falda larga de color rosa salpicada por estrellitas diminutas. Pedro, ya no llevaba la cara sucia de tierra, su pelo negro había crecido descontrolado y rizado alrededor de sus ojos grandes y marrones, su cara era más ancha y en ella se podía adivinar una pequeña pelusilla sobre el labio superior. Pude afirmar en aquel mismo momento, que mi querido amigo de la infancia se había transformado, en un mozo, como mi abuela lo hubiese llamado. Desde aquel mismo instante quise ser mayor como él, hacer las mismas cosas que él hacía, ir a los mismos lugares que él frecuentaba y si la ocasión me concedía la oportunidad me mostraba más decidida que él. Si Pedro andaba yo corría, si él corría yo saltaba, si él comentaba que quería ir al Charco del Cura a darnos un baño, yo apuntillaba que lo hiciéramos de noche, que sería más divertido y de este modo pude mudar la idea que se había creado de mí aquel primer y fatídico día de verano, en el cual me presenté ante su mirada adolescente con mi falda de estrellitas diminutas y dos grandes trenzas sobre mis hombros.

Puedo aseverar que ninguno de los dos era conocedor de las razones exactas que nos empujaban a hacerlo, pero pensar en el otro entre suspiro y suspiro y exprimir el tiempo para estar el máximo juntos, se convirtió en nuestra meta veraniega. Sustituimos las carreras de chapas por caminar juntos cogidos de las manos, los juegos en la plaza con el resto de nuestra quinta, por excursiones al Castañar o la misa de los domingos por partidas de billar, con las monedas que Pedro conseguía sustraerle a su madre de la cartera sin que ella se percatara.

Era noche cerrada, a pesar de no ser luna nueva su reflejo era imperceptible por la cantidad de nubes que se cernían sobre mí, cansada del viaje añoraba con singular presteza, al menos por esa noche, un abrazo afectuoso de mi tía



Isabel y una reconfortante y mullida cama. Fijé la vista en la señal de tráfico, en el próximo desvío a la derecha dejaría atrás la carretera de Ávila, la N.403 y por el Paseo de Recoletos, regresaría por unos días a mi pasado, el cual y aún no había llegado al pueblo, se estaba despertando en mí con recuerdos que creía olvidados.

“- Que maravilla, no tenía ni idea... ”. Exclamé sorprendida por la rotonda que iluminando el nombre del pueblo y rematada en ladrillo, se alzaba ante los faros de mi coche a modo de bienvenida.

Me había ofuscado tanto con el reencuentro de la inocencia, los recuerdos adormecidos, las aventuras olvidadas y las experiencias vividas entre sus calles, que desde el mismo día que decidí pasar mis vacaciones en El Tiemblo y no en Barcelona con mis padres como de costumbre, no me había parado a considerar los cambios que podía haber sufrido. Los individuos somos unos seres tan fugaces y vulnerables que los años nos envejecen la piel, entristecen la mirada, empequeñecen nuestros labios, agujerean nuestra sonrisa, vemos con los años nuestras ilusiones mermadas y nuestras aspiraciones demasiado lejanas para luchar por ellas. Pero esta extraordinaria villa del valle el Alberche había sabido sobreponerse con superioridad al paso de los años, se veía más radiante que antaño, sus aceras anchas salpicadas de floridos detalles en el paseo, invitaban sugerentes a caminar sosegados por ellas. Su iluminación, de espigadas y gallardas farolas que desplegaban bajo ellas la tenue luz anaranjada de sus bombillas, ambientaba la quietud de la noche.

Apartándome a un lado de la calle, saqué de mi bolso el pequeño teléfono móvil, era incapaz de recordar la nueva dirección de mi tía.

- ¿Isabel?. Quien sería si no ella la que contestase a su teléfono. – Ya he llegado, pero no recuerdo el número de tu edificio.

- Que bien querida, que ya estés aquí, ¿Dónde te encuentras?. Preguntó.

- Estoy junto a una rotonda con cuatro toros pequeños de Guisando. Como si en ese mismo instante Neptuno, el Dios del agua, me hubiese oído, aquellos toros de piedra se vieron inundados por el alborozo y la algarabía de unos chorros de agua que lozanamente se alternaban en subidas y bajadas. “- Esta será la pequeña Cibeles Tembleña, donde los jóvenes futboleros celebraran las victorias de la selección”.



- Es una fuente Sonsoles. Especificó mi tía desde el otro lado del auricular. Ya estás cerca será mejor que busques aparcamiento.

Como si la situación se escapase a mi control y arrastrada por el torbellino de 40 años de mi tía Isabel, en unos minutos, que me parecieron segundos, estaba en el interior de su piso. Subiendo las escaleras con mi maleta en su mano derecha y sujetándome por la muñeca con la mano que le quedaba libre, me había contado una vez más la historia de por que decidió trasladar su hogar a aquel pequeño piso tras la muerte de mi abuela. “- Aquella casa era demasiado grande para mí sola, además necesitaba grandes reparaciones que no estaba dispuesta a pagar sin ser legalmente mi casa. Este piso por el contrario, es justo para mí, dos habitaciones y muy luminoso.”.

Deseaba dolorosamente poder acostarme, vestirme con mi camisola de dormir y abandonar mi cuerpo a la nebulosa emoción del sueño. Pero antes de poder hacerlo, asumí el papel de buena sobrina, saboreé las yemas de Ávila, que hacía tanto no probaba y bebí el zumo recién exprimido que tenía preparado para mí. Vi los dos álbumes de fotos que mi tía deseaba que viera con más atención de la que yo disponía esa noche. “- Los hijos de tía Rosa son muy guapos”. Logré a articular después de un sobreesfuerzo. Desde el rincón más profundo de mi mente, alcancé a escuchar una tenue vocecilla que me preguntaba “¿Cuándo vas a dormir...?”

Los días pasaban fugaces ante mí, aunque quisiera negar la existencia del tiempo, aquella era una batalla perdida, los quise disfrutar y hasta degustar al máximo cada una de sus horas y así lo hice. Al día siguiente de mi llegada, mi tía Isabel y yo, salimos a pasear bajo el tibio sol de aquella mañana de Febrero. Pude ver la actual cara de El Tiemblo, sin los escondrijos que permite la noche, la calle principal, salpicada de bares, mesones, cajas de ahorros y comercios eran el centro de atención del gentío y el bullicio mañanero, fiel reflejo de un pueblo vivo.

Visité su iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, del s. XV, inalterable a lo que sucedía a su alrededor, pues estaban empedrando sus calles aledañas, se erguía majestuosa sobre sus ancestrales cimientos. Presumía coqueta de sus muchas coronas de espigas, que paciente como una madre, espera el regreso de sus inquilinas estivales, quienes con su plumaje



bicolor y sus vuelos melódicos y silenciosos, volvieron a surcar el cielo y los tejados tembleños.

En la Ermita de San Antonio, me sentí sobrecogida por su silencio, en su olor a incienso y cera caliente, pude encontrar a mi abuela, tal vez se debiera a las tardes que la acompañé hasta el santuario, era muy devota de San Antonio. Si mis vacaciones hubiesen coincidido con el mes de junio, hubiera disfrutado la oportunidad de gozar de las fiestas patronales. En ese mismo instante recordé la noticia que egoístamente me conmovió, y digo bien egoísta pues no fui objetiva y sólo pensé en mis deseos. Mi tía Isabel, se trasladaría a vivir en unos meses a Salamanca, al parecer la soledad pesa más que un fardo, sobre todo si al otro lado de la balanza colocamos a sus sobrinos y teniendo en cuenta la tenaz obstinación por parte de mi tía Rosa de que vaya a vivir con ellos, era lógico conseguir minar la terquedad de la primera, por seguir viviendo sola. Bien pensado creo que era una idea acertada, sería bueno para las dos hermanas estar juntas, pues soy testigo y conocedora de cómo mi madre desde Barcelona ha sufrido por sus hermanas. Claro está, que esa no fue mi primera reacción, “- Entonces, cuando yo quiera volver al Tiemblo...”, callé de inmediato al ver la cara de incredulidad de mi tía para más tarde disculparme con ella y animarla en su proyecto. Tal vez no tendría en un futuro cercano más familia a la que visitar en el pueblo, tal vez esas eran mis últimas vacaciones en aquel vergel, pero si de algo podía estar segura, era del hecho que aquel pueblo había enraizado en mi corazón y siempre tendría un lugar para él.

“- Pedro, mi Pedro” dejó escapar de entre mis labios un leve suspiro.

Como si hubiese oído los latidos atronadores de mi corazón, se giró sobre el taburete donde estaba sentado junto a la barra y clavó su mirada en la mía. Por un instante pude sentir que nuevamente llevaba mi pelo recogido en dos trenzas y una larga falda rosa, cubría mis piernas, no era posible que esos ojos marrones causaran ese efecto en mí después de tantos años. Me envistió bruscamente el cambio de niño a adolescente, pero su transformación a hombre era pasmosa, todo en él era armonioso y seductor, desde su pelo negro que seguía encaracolado y enmarcando su rostro, sus ojos oscuros y lo que fue una imperceptible pelusilla se había convertido en una barba oscura y tupida que llevaba bien afeitada, de hombros anchos y corpulento, parecía estar sacado de uno de esos calendarios de bomberos.



Pude percibir el castaño de mis rodillas cuando vi que “mi Pedro”, dejando el vaso en la barra, se puso de pie y sonriendo abiertamente se acercó hasta mí.

- Dichosos los ojos, cualquiera diría que te has estado escondiendo de mí. Y para mi mayor deleite puso sus labios sobre mis mejillas, sonrojándolas con un beso. – Te han visto prácticamente todos los de nuestra Quinta, excepto yo.

Seguí el camino que me indicaba con su mano derecha y nos sentamos en una mesa junto a la ventana, el mismo sirvió la mesa con nuestras bebidas, se sentó frente a mí y así comenzó lo que fue para ambos la conversación más distendida, duradera y divertida en ocasiones, que habíamos mantenido en nuestras vidas. Fueron muchos acontecimientos en los que nos detuvimos en detalles, pues no en vano habían pasado muchos años y en tanto tiempo son muchas las cosas que suceden, sin ir más lejos, Pedro se había casado y dos años más tarde separado.

Como si nos hubiese sabido a poco hablar desde la sobremesa hasta las doce de la noche, Pedro, una vez en el portal del piso de mi tía, parecía reticente a marcharse, no lo hizo hasta prometerle que desayunaría con él y así lo hice. A la mañana siguiente desayunamos juntos, almorzamos y haciendo gala de su caballerosidad, ese mismo día invitó a mi tía a cenar con nosotros. Fueron invitaciones reciprocas y repetidas a lo largo de los siguientes días, “- Cuando se separó de su mujer, me interesé por él un día y le pregunté sobre el tema.” Me dejó caer mi tía sin darle más valor a sus palabras que el que yo quisiera darle, pero sin saber muy bien porqué todo lo relacionado con Pedro me interesaba considerablemente.

- ¿Y bien?. Pregunté mal disimulando mi inquietud.

- Pues... dilató mi tía las palabras a sabiendas que me impacientaba por segundos. – Su respuesta fue, que su mujer no se parecía a ti, así pues estaba destinado al fracaso.

Muda, me quedé muda y casi sin aliento, él había sido durante muchos años “Mi Pedro” pero pensar en la posibilidad remota de haber significado para él algo más que una vieja amiga o un fugaz amor de verano, me sobrepasaba la idea preconcebida de nuestra amistad. Del mismo modo, él se encargó esa misma noche de darme por enterada de sus verdaderos sentimientos, pues no me quedó duda alguna, cuando pude sentir el cálido roce de sus labios sobre los míos.



Era inevitable el fin de mis vacaciones, mi pequeño ático de alquiler y mi absorbente trabajo, me esperaban ávidos en Dublín, pero después de todo, e independiente de la decisión que llevaría a mi tía Isabel a vivir a Salamanca, parecían haber germinado pretextos suficientes para volver. Pues no conozco motivos más nobles y fuertes que el fervor por una tierra y el amor por un hombre, para regresar a mi querida Villa de El Tiemblo.